

saje se sumerge en un ambiente ensoñador que cierra los párpados invisibles de las cosas. Venecia semeja una bahía de paz, manso retiro de las almas de santos y guerreros, poetas y filósofos, aventureros y navegantes que vivieron intensamente, que amaron con frenesí y que aborrecieron también con ardor furioso... Y al cuajar la noche, *una que parece de España*, el estuario puro, tranquilo, melancólico, recibe con místico arrobamiento la dulce comunión de la luna.

A su claridad se recorta la fría silueta del Campanile y la grandiosa traza del Palacio Ducal. La imaginación finge que esas muchedumbres que serpentean por los murallones del muelle, no son las abigarradas multitudes de nuestro tiempo engrosadas por los visitantes de todas las partes del mundo, sino que son los séquitos de los nobles Consejeros de la República que esperan impacientes las deliberaciones del Consiglio Maggior, o los que se destacan para penetrar sigilosamente en la Sala de la Brújula a fin de depositar en la *bocca di leone* la denuncia anónima de más envenenado y cortante filo que la silente y traicionera daga. Y el oído alerta cree percibir los lamentos de los desgraciados que pasan el *Puente de los Suspiros*, camino del suplicio, y los últimos acentos, desgarradoramente patéticos, del gene-

